

¿Hacia dónde va la Argentina?

CARLOS D. MALAMUD *

CON bastante frecuencia, y especialmente después de los últimos acontecimientos con ribetes militares que alteraron la tranquilidad de Argentina (las sublevaciones de Rico y Seineldín y el intento de copamiento del cuartel de La Tablada), uno se pregunta, y oye preguntar con cierta insistencia a los demás, cómo es posible que un país tan rico y tan culto, un país del que se suele decir que parece europeo y no latinoamericano, un país que antes de 1930 se encontraba entre el grupo de cabeza del concierto mundial, se encuentre en la actualidad en una situación tan calamitosa. La otra pregunta, ya también casi tópica, que se suele formular con cierta asiduidad es la de qué salida hay para un país que tiene una deuda externa cercana a los 55.000 millones de dólares y, por si fuera poco, presenta tasas de crecimiento económico negativas y, al contrario de lo que ocurría en períodos anteriores, índices de mortalidad infantil, desnutrición y analfabetismo crecientes en algunas regiones. Y en realidad, la primera pregunta que uno debería hacerse, y no resulta nada fácil de responder, es cómo se llegó a la situación actual.

UNA BREVE HISTORIA

Hasta la década de 1930, Argentina era un país que había orientado claramente una buena parte de su producción agrícola y ganadera, propia de las regiones templadas, hacia el sector exportador. Los recursos generados por el mismo habían permitido no sólo el enriquecimiento de la llamada «oligarquía terrateniente», sino también el crecimiento del conjunto del país. La construcción de ciudades, escuelas, redes de transportes, servicios, etc., se pagó con los recursos y las divisas generados por el sector más dinámico de la economía nacional. Sin embargo, este panorama dorado se veía enturbiado por algunas debilidades manifiestas de los sectores dirigentes y propietarios argentinos, que no sólo fueron incapaces de invertir en la promoción del sector exportador los recursos necesarios para su modernización y permanente competitividad internacional (como por ejemplo en investigaciones agropecuarias, plantas de almacenamiento de cereales, etc.), sino que también se mostraron incapaces de vertebrar un partido político de derechas, de ámbito nacional, capaz de participar con claras posibilidades de triunfo en un sistema democrático.

La existencia del fraude electoral, entre una larga serie de manifestaciones, señala el carácter limitado de la cultura política argentina, muy presta de forma casi permanente a vulnerar las reglas de juego que pudieran institucionalizarse. Si bien la práctica de las transgresiones continúa de un modo permanente hasta nuestros

* Buenos Aires 1951. Profesor Asociado de Historia de América en la Universidad Complutense. Secretario del Instituto Universitario Ortega y Gasset.

días, lo cierto es que hasta 1930 el sistema político funcionaba con bastante normalidad, si nos atenemos a los parámetros vigentes en la época. Inclusive se sucedieron algunos avances exitosos, como el conjunto de leyes que a partir de 1912 permitieron ejercer a la ciudadanía masculina el sufragio universal y secreto, al tiempo que le otorgaban a dicho derecho un carácter obligatorio. Este conjunto de medidas impulsadas por el presidente Sáenz Peña, fallecido antes de que pudiera completar sus intentos reformistas, posibilitaron que en 1916 el radicalismo, liderado por el mayor caudillo de toda su historia, Hipólito Yrigoyen, accediera al poder.

En 1930, con un país inmerso en plena crisis internacional, se produjo un golpe de estado liderado por el general Uriburu, que marcó el inicio de una serie de quiebras del orden institucional que caracterizaron la vida política argentina de los últimos cincuenta años. Desde entonces ningún presidente civil concluyó su mandato, ni fue posible transmitirle a su sucesor los atributos del cargo con posterioridad a unas elecciones legítimas. Sólo los generales Justo y Perón pudieron finalizar su sexenio. El general Justo encabezaba la fracción «liberal» del golpe de 1930, que se oponía al sector de corte nacionalista y fascista liderado por Uriburu, y tras las correspondientes elecciones, con un clima bastante propicio favorecido desde el gobierno, accedió al poder. Años más tarde, en 1946, algo similar ocurriría con el recién ascendido general Perón, que en 1949 modificó la Constitución con el fin de poder desempeñar otro mandato, ya que la Constitución de 1853 (actualmente vigente) prohíbe expresamente la reelección presidencial. Si nada, o mejor dicho nadie, lo impide, Alfonsín será el primer presidente civil a partir de 1930 que entregue el mando a otro sucesor civil, igualmente surgido de las urnas.

La entrada de los militares en la escena política marcó el inicio de lo que un periodista calificó como la «década infame». De su mano se realizaron algunos intentos, más bien torpes, de instaurar un sistema corporativista en la Argentina. La abstención del radicalismo, el fraude electoral y la quiebra permanente de la legalidad fueron los elementos que caracterizaron los años siguientes.

Una de las banderas del movimiento golpista de 1930 fue el nacionalismo, que agregaba a sus cánticos patrióticos veleidades fascistas y corporativas adornadas de mensajes integristas. Uriburu, Lugones, Irazusta, Palacio eran algunos de los líderes de ese movimiento. Sin embargo, el nacionalismo en Argentina se había hecho presente casi desde los inicios del país. Algo lógico en una nación invertebrada y algo que entiende rápidamente Bartolomé Mitre, quien tiñe de nacionalismo la historia que escribe con el ánimo de asentar las bases de la nacionalidad en los tímidos inicios del país. De este modo, muy pronto el nacionalismo caló en todos los agrupamientos políticos que comenzaron a conformarse en la Argentina, no sólo entre los conservadores, sino también en aquellos que como el liberalismo o el socialismo tenían una connotación más «internacionalista».

Y si bien en 1930 un nacionalismo católico y de derecha tomó

LA QUIEBRA DEL ORDEN INSTITUCIONAL

LA CONSOLIDACIÓN DEL NACIONALISMO

**EL
PERONISMO**

carta de ciudadanía, se observa cómo toda la vida política del país se contagió de ese fenómeno, que en última consecuencia supuso la entronización de la irracionalidad en la política argentina, rriás allá de los mensajes modernizadores o del peso que durante bastante tiempo tuvieron las ideas positivistas. El nacionalismo, adornado, cómo no, de vistosos matices antiimperialistas, sumado a los efectos de las crisis mundial, de la recesión del comercio internacional y de las nuevas ideas que se estaban imponiendo en la política económica de los países más diversos, tanto centrales como periféricos, facilitó el desarrollo de tendencias autárquicas y proteccionistas, que veían en el cierre del país y en la industrialización sustitutiva de importaciones el camino más directo para lograr el desarrollo nacional. Pero ese camino significaba restar recursos a quien tradicionalmente había aportado divisas a la economía argentina: el sector exportador.

En realidad, el nacionalismo había estado presente en el radicalismo, especialmente entre los partidarios de Yrigoyen, y volverá a manifestarse entre los seguidores de Perón. A partir de 1943, el entonces coronel Perón, utilizando los diversos cargos que tuvo en el gobierno, y especialmente como Secretario de Trabajo y Previsión, supo ganarse el favor de los sectores populares, y más concretamente de los trabajadores, cada vez más descreídos de sus agrupamientos tradicionales. Es todavía un interrogante, que la historia argentina aún no ha desvelado, por qué los partidos de izquierda, socialistas, comunistas y anarquistas, no supieron dar las respuestas adecuadas a un país en pleno cambio, más allá de los éxitos organizativos de Perón. Cómo, si habían estado a la altura de las circunstancias, y habían sido capaces de movilizar a los trabajadores de una industria en crecimiento desde finales del siglo xix, sus esquemas comenzaron a fallar a partir de los años 30 y se mostraron incapaces de responder a los nuevos desafíos, especialmente a los planteados por Perón.

De modo que en 1945, con el apoyo de numerosos sindicalistas, pero también de la Iglesia y del Ejército, así como de un buen número de dirigentes partidarios que iban desde la izquierda hasta la extrema derecha, Perón pudo estructurar un movimiento político de tonos claramente populistas, que para muchos era la mejor barrera de contención para enfrentar a la penetración bolchevique. Esta herramienta le permitió enfrentarse exitosamente al candidato de la Unión Democrática, coalición electoral que agrupaba a radicales, socialistas, comunistas y otros partidos más pequeños y que en algunas provincias fue votada por los conservadores. El *leitmotiv* de su campaña fue la consigna «Braden o Perón». Braden había sido embajador de Estados Unidos en Argentina, y su postura claramente antiperonista le permitió a Perón presentar su candidatura como sinónima de la defensa de la argentinidad y la nacionalidad, amenazadas por el imperialismo yanqui. De modo tal que todos los buenos argentinos, que querían seguir siéndolo, debían apoyar a Perón, ya que de otro modo no sólo quedaban excluidos del bando nacional sino que también se convertían automáticamente en traidores.

El nacionalismo, de alguna manera lógico en un país como la

Argentina, no sólo nuevo sino que también recibió un elevado caudal inmigratorio, presenta simultáneamente perfiles cohesionadores y otros totalmente disgregadores. Si la sociedad argentina había logrado integrar a todos los grupos sociales y étnicos que participaban en ella, y esto para algún pensador argentino es uno de los mayores logros realizado por un país nuevo en un período de tiempo tan breve, el nacionalismo, al plantear la consigna de «nosotros o ellos», se mete de lleno en el terreno de la exclusión, de la marginación, y ya no en el campo de lo social, sino en el campo de lo político, con consecuencias muy graves para la gobernabilidad del país.

Uno de los elementos que acentuó la fragilidad de la democracia argentina fue la falta de partidos políticos cohesionados y homogéneos, que respondieran a una clara plataforma ideológica y programática. El vacío dejado por los partidos fue llenado, en la vida política argentina, por los «movimientos». Se trata muchas veces de agrupamientos de amplio espectro, que van de la izquierda a la derecha y suelen presentar un componente nacionalista y populista muy marcado, a la vez que aglutinan a grupos sociales sumamente heterogéneos. De movimiento se calificó a la Unión Cívica Radical en la época de Yrigoyen, y movimiento es también el peronismo. En ambos casos, la figura del máximo líder, que hacía gala de un gran carisma, llenaba el enorme vacío ideológico y daba paso a la inconcreción.

Los riesgos que tiene semejante realidad para el juego democrático son enormes y saltan rápidamente a la vista, sobre todo por cuanto implica el debilitamiento de los cuerpos de representación social, necesario para reforzar la figura del líder. Algo similar estuvo a punto de ocurrir con el presidente Alfonsín, quien a principios de su mandato presidencial se vio tentado por los fantasmas del balcón de la Casa Rosada e intentó la creación de un «tercer movimiento histórico». Afortunadamente para el futuro del radicalismo, y de la democracia argentina, tal propuesta fue rápidamente condenada al olvido. El fracaso de los sectores más movimientistas dentro del radicalismo y la gran derrota electoral de 1987 abrieron paso a la candidatura de Angeloz a las próximas elecciones presidenciales.

Dentro del peronismo se enfrentaron, en las elecciones internas que decidirían el candidato a presidente, dos figuras de características muy opuestas. Por un lado Antonio Cañero, actual gobernador de la provincia de Buenos Aires y líder del sector «renovador» del Partido Justicialista, o peronismo, y por el otro Carlos Menem. Cañero, un político de filiación demócrata cristiana, representaba a las tendencias que apostaban por la consolidación del partido, en contra de las tendencias más movimientistas de Menem, actual gobernador de la provincia de La Rioja, que contaba entre sus apoyos a sectores de la derecha del partido y a los Montoneros, en el otro extremo del espectro. La derrota de Cañero supuso la postergación del proyecto modernizador del peronismo, que presentaba algunos ribetes socialdemócratas.

PARTIDOS Y MOVIMIENTOS

**CRISIS
ECONÓMICA
Y RESURRECCIÓN
DEL PERONISMO**

Tras el arrollador éxito de Alfonsín en las elecciones presidenciales de 1983, con mayoría absoluta, fueron muchos los analistas políticos que vaticinaron la desaparición definitiva del peronismo, dadas las profundas vinculaciones que una parte del mismo tenía con el aparato represor de la dictadura militar, así como con numerosos casos de corrupción, en los que se encontraban involucrados prácticamente los mismos personajes. El grotesco recuerdo de Isabel Perón y López Rega, sumado a las disensiones internas, que llegaron a violentos enfrentamientos, y el triunfo radical en las elecciones de 1985, abundaron en la idea del definitivo colapso peronista.

Sin embargo, las elecciones de 1987 para renovar una parte de la Cámara de Diputados y un gran número de gobiernos provinciales, supusieron un notable éxito para el peronismo, así como un tremendo varapalo para el partido gobernante, que sólo retenía en sus manos dos gobernaciones, una de ellas la de Córdoba, al frente de la cual estaba Angeloz, lo que prácticamente lo catapultó para su posterior nominación. Después de eso no cabía la menor duda de que el peronismo seguía vivo y con grandes posibilidades de conquistar la presidencia en 1989, algo con lo que nadie soñaba años, o inclusive meses, atrás.

¿Cuáles fueron las causas del resurgir peronista? Al margen de los esfuerzos de sus líderes, y de la propuesta atractiva de los renovadores, lo cierto es que debe verse en el terrible desempeño de la economía argentina y en la mala gestión del gobierno radical al gran dinamizador del peronismo. El gobierno de Alfonsín fue incapaz de encauzar la economía, lastrada por la enorme carga de la deuda externa, y en vez de plantear desde un principio el calamitoso estado en que se encontraba el país, dejó crecer falsas expectativas de pronta recuperación. El recambio del equipo económico, al mando del cual se encuentra un economista de reconocido prestigio intelectual, Sourruille, y la implementación del plan Austral, un severo plan de ajuste que tenía entre sus principales objetivos el de contener la inflación, verdadera gangrena nacional que alcanzaba mensualmente tasas de dos dígitos, marcaron un momento* esperanzador. Pese al éxito inicial, y a la favorable acogida de la opinión pública, alegrías posteriores echaron por la borda todo lo andado, y la situación volvió prácticamente a su estado inicial.

**EL PROBLEMA
MILITAR**

Junto con la cuestión económica el otro gran problema que tuvo que enfrentar el gobierno de Alfonsín fue la cuestión militar. La demora en resolverlo, y la falta de una política clara con los militares, después de la muerte de Borras, el primer ministro de Defensa, provocarían los levantamientos posteriores protagonizados por Rico y Seineldín. Una vez asumida la decisión de juzgar a los responsables de los delitos cometidos contra los derechos humanos en la lucha antsubversiva, Alfonsín se encontró con la negativa de la justicia militar de juzgar a sus pares y con la crispante lentitud de la justicia civil para decidir al respecto.

El tiempo fue pudriendo un proceso que alcanzó uno de sus puntos álgidos con las condenas de las tres primeras juntas militares que protagonizaron el último período dictatorial. La imposibilidad de concluir rápidamente con los juicios, sin dar lugar al peli-

grosso cuentagotas en que se estaba convirtiendo aquello, aumentó el malestar entre los militares y forzó al gobierno de Alfonsín a sancionar las leyes de Punto Final y de Obediencia Debida, que ponían fuera del alcance de los tribunales a un gran número de militares que ya estaban procesados o podían serlo, así como fuera de las cárceles a otros que ya habían sido condenados. Las reivindicaciones corporativas de los militares siguieron manifestándose y dieron lugar a las asonadas de los «carapintadas».

Más allá del pedido de amnistía, y de otras cuestiones gremiales, como un mayor aumento salarial, asumidas por el conjunto del colectivo militar, los «carapintadas» encarnan al sector más integrista del Ejército, que a la vez se caracteriza por su fuerte matiz populista, lo que permite buenas relaciones con importantes sectores del peronismo, particularmente entre los partidarios de Menem, e inclusive con conexiones con la contra nicaragüense y el narcotráfico.

La no resolución clara y satisfactoria del problema militar por parte del gobierno de Alfonsín, prueba evidente de su debilidad, le supuso un aumento de la pérdida de popularidad, especialmente entre los sectores medios, con un mayor sentimiento antimilitar. La sensación de parte de la población era la de claudicación frente a la prepotencia de los militares. Hay que reconocer, sin embargo, lo delicado de la situación y el marcado corporativismo del estamento militar, que impidió que las órdenes de represión contra los golpistas emanadas del Ejecutivo pudieran ser cumplidas. En la actualidad, la principal manifestación del problema militar es la falta de una cadena de mando jerarquizada y respetada, lo que puede dar lugar a nuevas aventuras como las ya conocidas. Queda por ver en qué medida el intento de copamiento del cuartel de La Tablada recompone esta situación.

El 14 de mayo próximo se celebrarán las elecciones presidenciales, donde se enfrentarán, como ya vimos, Angeloz y Menem, radicales y peronistas, como principales adversarios. En una muy larga campaña electoral, que ya dura varios meses, las cosas han ido cambiando notablemente. Si en un principio Menem tenía una abrumadora ventaja en las encuestas sobre el candidato radical, de más de 15 puntos, en la actualidad ésta se ha reducido a la mitad, aunque sin el candidato peronista subiera en las preferencias del electorado.

¿Qué es lo que explica este hecho pese a la persistencia de viejos problemas y a la aparición de otros nuevos, como los cortes de luz que afectan a buena parte de la población desde las últimas navidades? Según parece, Menem es el mejor enemigo de sí mismo. Su prosa frondosa y su imaginación desbordante, que ya habían sido puestas a prueba en su gestión al frente del gobierno de La Rioja, en la actualidad al borde de la quiebra, lo llevan a realizar manifestaciones irresponsables, que un electorado maduro no perdona. Sin embargo, Menem cuenta con un importante apoyo en un vasto sector de los argentinos que se sigue reivindicando como peronista, especialmente en algunas regiones del interior del país y en la zona industrial del gran Buenos Aires.

Angeloz, también de prosa florida aunque con un esquema

LA CONFRONTACIÓN ELECTORAL

***Y DESPUÉS DE
LA ELECCIÓN,
¿QUÉ?***

mental más concreto y previsible, si quiere ganar no lo tiene nada fácil. Por un lado debe intentar desmarcarse de aquellos aspectos en los cuales el actual gobierno ha fracasado, especialmente en política económica, y por el otro debe superar el gran desconocimiento que de él tiene una gran proporción del electorado. Su más importante punto a favor es la ausencia de promesas en su mensaje electoral, frente al cúmulo de ellas que realiza su principal contrincante. A fin de ampliar sus posibilidades en el Colegio Electoral (en Argentina la elección presidencial es indirecta), Angeloz se presenta en dos fórmulas distintas. Una radical (Angeloz-Casella) y otra en alianza con un grupo de pequeños partidos provinciales (Angeloz-Cristina Guzmán), que se espera le permitan ganar los votos de algunos sectores conservadores opuestos al ascenso de Menem.

La política argentina no se enfrenta a una situación marcada por el bipartidismo. Junto a peronistas y radicales actúan otros protagonistas. La tercera fuerza electoral es la Unión de Centro Democrático, un partido conservador que se reclama liberal, encabezado por Alvaro Alsogaray, que ha ampliado su base electoral al crear la Alianza de Centro con otros partidos pequeños de ámbito nacional, como la Democracia Progresista, o provincial. La otra fuerza de peso es Izquierda Unida, una coalición donde participan el Partido Comunista, el Movimiento al Socialismo, de inspiración trotskista, y una parte de la democracia cristiana. Habrá que ver en qué medida los sucesos de La Tablada influirán sobre su electorado, en un momento en que los principales dirigentes de la coalición veían con optimismo el futuro, aunque se tratara de una opción claramente minoritaria.

Lo más probable es que ninguno de los dos candidatos principales obtenga la mayoría absoluta, lo que aumenta la responsabilidad que la Constitución delega en el Colegio Electoral, formado por los electores que en cada provincia eligieron los ciudadanos. En realidad, se reúnen los diferentes Colegios provinciales, que una vez emitido su voto, por única vez, lo deben enviar a Buenos Aires. En caso de que allí tampoco ninguno de los candidatos obtuviera la mayoría absoluta, sería la Asamblea Legislativa, formada por ambas Cámaras, la que decidiría.

Y aquí el problema es cómo responderán los electores de los otros partidos, especialmente los de la Alianza de la derecha, en el Colegio Electoral, ya que no hay nada que obligue a votar por el candidato más votado. En caso de que Angeloz obtenga más votos que Menem, la situación no presentaría ninguna complicación, porque los electores de otros partidos podrían votar al candidato mejor situado. Lo complicado es si sucede lo contrario, dada la postura anti-Menem de buena parte del electorado no peronista. La negociación por los votos de los electores será complicada y puede dar lugar a situaciones muy conflictivas. Pero la no elección de uno de los candidatos por el Colegio Electoral puede provocar una gran tensión, con amplias repercusiones institucionales, favorecidas por el largo período que va desde la elección hasta la asunción del nuevo presidente, en el mes de diciembre, es decir, siete meses después. Y si bien los peronistas carecen de mayoría en la

Asamblea Legislativa sí tienen la capacidad de bloquearla, impidiendo la formación de quorum.

De cualquier modo, lo positivo después de más de cinco años de gobierno democrático, más allá de los errores cometidos, es la posibilidad de que el sistema se consolide y las instituciones funcionen. A partir de aquí debe ser la obra cotidiana de los argentinos, lejos de posturas mesiánicas y delirantes, la que concluya una complicada, larga y penosa transición hacia la normalización democrática. En realidad, nunca como ahora se estuvo tan cerca de lograrlo.